

ACTUALIDAD

L. Herrera 28-8

La adversidad prolongada y la demostración palpable del abandono no conque se nos distingue en las esferas políticas internacionales, incluye grandemente en las filas antifascistas y provoca un pesimismo alarmante, que, en algunos casos, llega hasta la desertión. Al igual, las propagandas sobre fórmulas providenciales de cancillería, tan torpemente repetidas, ocasionan análogos inconvenientes. Parece combinado, organizado metódicamente por nuestros adversarios — principalmente los amigos de Franco en el exterior — para deshacer las posibilidades de lucha que el conjunto antifascista puede utilizar.

Entre la misma clase trabajadora, que jamás confió en remedios diplomáticos ni se manifestó dispuesta a aceptar componendas de ninguna especie con los antifranquistas de última hora, se notan también los efectos disgregadores. Una noticia trágica — y desgraciadamente son bien frecuentes — que de España llega sobre la represión o el fracaso de un trabajo cualquiera encomendado a los grupos clandestinos, aumenta la confusión y ocasiona nuevas formas de desaliento que amenazan extenderse con la convicción de la derrota.

Duele en el alma escuchar de labios trabajadores que se estiman revolucionarios eso de « no se puede hacer nada », que significa una consternación incomprensible, una sensación de fracaso e incapacidad impropia de luchadores. Y demuestran quienes de tal manera se manifiestan que también habían pensado en las fáciles empresas o soluciones pacíficas, sin pulsar como es debido la calidad del adversario y la importancia de sus efectivos.

En nuestro elemento, la operación fué siempre tenida por difícil y se comprendió que encerraba grandes peligros. Tanto que, aún siendo nuestra actuación debidamente articulada, el número de víctimas se hace incontable. Pero no cabe desesperar del triunfo final por sufrir unas bajas o notar ciertas decepciones. Sabíamos por experiencia revolucionaria que habían de ser múltiples hasta que la acción se intensifique con métodos adecuados, corrigiendo defectos sobre la marcha y derrochando entusiasmo para interesar al pueblo todo en la lucha contra la dictadura.

A los trabajadores obliga principalmente a reflexionar la situación actual de España, convencidos de que la solución depende exclusivamente del impulso que, asociados en la tarea, sepamos brindarle. Porque sería inocente pensar en esta hora de defecciones internacionales, en apoyos exteriores de nadie, ni aún de los propios elementos proletarios, supeditados en su mayor parte a conveniencias de los Estados que sostienen a Franco en el poder. Ni merece la pena perder el tiempo en reclamaciones a quienes se han apropiado los millones de pesetas que salieron de España, esos capitalistas de la emigración enquistados en gobiernos o comités pacificadores. Tampoco se puede esperar que los compañeros de España, perseguidos sañudamente por la policía puedan hacer solos el trabajo. Es a nosotros, obreros exilados, que nos corresponde la mayor y más difícil parte del trabajo; que debemos ser más generosos y combativos.

Voluntad y decisión; abnegación y perseverancia se precisa. El MLE exilado lo proclamó en la época eufórica de la reconstitución de las instituciones del exilio y sólo, con sus propias fuerzas, ha sabido cumplir el deber que se impuso. Centenas de sus militantes han animado hasta ahora la lucha en el interior, y la seguirán animando con mayor tesón al abandonarla los demás, los que especulaban diciendo: « Estamos con España »; y hallaron más cómodo el viaje transatlántico.

Aunque el camino parezca imposibilitado por los frecuentes obstáculos hay que seguir obstinadamente en él, desbrozándolo hasta llegar al fin. Confundirse en el grito de rebeldía de la España eterna, diluirse apasionadamente en su acento. Hacer que alcance todos los ámbitos y que lo oigan los tristes, los enfermos de nostalgia y hasta los sordos. Para que nazca radiante el nuevo día de la libertad.

B

URA